

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

La vida política

El Carnaval, como es costumbre, suspende la actividad política en España; no hay más excepción, si mal no recordamos, que la de unas Carnestolendas republicanas en la que la fiesta de los dios Momo fué interrumpida por la presencia de los voluntarios de la República en los alrededores del Congreso, para amenazar á unas Cortes que se habían convertido por su santa voluntad en Asamblea constituyente. Salvo este caso, ordinariamente la mascarada política cede el puesto en estos días á la mascarada general y pública; pero no por eso deja de continuar su obra en secreto y fuera de los acostumbrados centros políticos; precisamente suele ser la época de las conjuras, porque los personajes de la política se van al campo á caerías organizadas en su obsequio, y en esas fiestas cinegéticas, fuera de la vista de los reporters, se celebran conferencias y preparan pactos y conspiraciones que salen á luz á su debido tiempo.

Si el conde de Romanones no estuviera indispuerto se entregaría en esta época del año á sus habituales maniobras, zuriendo voluntades, descomponiendo uniones y preparando la caída de tal ó cual ministro que no le presta el concurso á que cree tener derecho como tutor del gobierno. Hay en el orden de las intrigas políticas un punto que á todos preocupa, y es la actitud de los reformistas. Estos señores se han colocado en los umbrales de la Monarquía y han afirmado en muchas ocasiones su propósito decidido de ingresar resueltamente en las filas dinásticas. ¿A qué aguardar—se pregunta todo el mundo—para dar el paso definitivo? El señor Alvarez (don Melquiades) ha puesto siempre algunas condiciones para abandonar el campo republicano; recientes están muchos discursos en los que parece que se propone no acercarse á la Corona sino que la Corona sea quien vaya á someterse á sus opiniones. No puede mantenerse en serio esta tesis, por ser la Monarquía una institución de tal índole, que necesita de los más altos prestigios y éstos exigen que los ciudadanos lealmente sin distinción ni reservas mentales ó explícitas de ninguna clase.

Cuando la democracia capitaneada por los señores Martos y Montero Ríos aceptó la monarquía de D. Alfonso XII, ninguna condición impusieron; basta que se convencieseran del espíritu de tolerancia y libertad que contenía la Restauración para que se sometieran al nuevo régimen franca é incondicionalmente. No creemos, pues, que los republicanos que sigan á don Melquiades Alvarez estén aguardando ningún acto de la Corona para declararse de una vez monárquicos; lo que se espera es otra cosa; la composición de un partido que pueda ocupar el poder con fuerza bastante para regir los destinos de la patria y constituir una mayoría parlamentaria. Los reformistas solos no ocuparán jamás el poder y no porque de su lealtad al trono desconfie nadie el día en que terminantemente se declaren monárquicos, sino porque es imposible que tengamos en nuestro campo político tres partidos liberales sin hacer difícil el ejercicio de la regia prerrogativa.

¿Con quién se han de unir los republicanos de don Melquiades Alvarez para gobernar? Este es el punto que hay que solucionar para la total conversión de los catecúmenos. Hoy andan las simpatías de los reformistas hacia el grupo que capitanea el señor García Prieto, que es el más pequeño de los dos en que se ha dividido la agrupación liberal después de la desaparición del señor Canalejas; si estas simpatías llegaran á producir una unión perfecta de reformistas y demócratas, el conde de Romanones tendría un gran disgusto y perdería su reputación de hombre vivo para defender su personalidad y destruir adversarios. Esto sería un golpe mortal para quien ha llegado á la jefatura de un partido por medio de habilidades y tracamundanas de esas que acreditan á nuestros personajes políticos de Maquiavelos de tercer orden; perdería su crédito mejor fundamentado y constituiría la desilusión de los que admiran estupefactos las artes del ilustre conde para sobrenadar como el aceite en todas las catástrofes políticas.

Para evitar este contratiempo había de poner en juego el conde de Romanones sus mejores armas, porque, entre otras cosas, no es persona grata á don Melquiades Alvarez, y esto pudiera determinar que estrechasen más los lazos que ya parecen unir á este próximo monárquico con el señor García Prieto. Quizá á estos fines obedecen los rumores de reunión de los grupos del partido liberal: el conde de Romanones se entenderá siempre mejor con el señor García Prieto que con don Melquiades Alvarez, y si esta fusión se realizara, el grupo de republicanos en especulación de embarque para la monarquía quedaría aislado é imposibilitado para ejercer el poder inmediatamente. El interés de la monarquía exige que cuando uno ó varios republicanos quieren abjurar sus princi-

plos acerca de la forma de gobierno y aspiran á servir lealmente al trono, no se les ponga por los partidos monárquicos ninguna clase de obstáculos, y antes por el contrario, se facilite su advenimiento al régimen por todos los medios posibles. Siendo esto evidente, el egoísmo y las ambiciones de los hombres contradicen tan palmariamente la verdad, y ante el temor de una suplantación en puestos y jerarquías que ya consideran como de su propiedad, no titubean algunos políticos en dificultar una acción y un movimiento que deben favorecer, puesto que á menudo hablan de su amor á la monarquía y de su lealtad al Rey.

Aunque lo que ahora ocurre con los republicanos á que aludimos tiene algún parecido con la situación del partido posibilista durante la Regencia, difiere en algo sustancial é importantísimo. El ilustre Castelar entregó su partido á la monarquía, pero él quedó fuera; condujo sus huestes hasta las puertas del régimen, pero él no entró y permaneció hasta la muerte fiel á sus ideales republicanos. En el caso actual, el jefe es el primero que aceptará la monarquía; no se queda en una actitud pasiva como el ilustre orador, y por el contrario, al someterse á las instrucciones vigentes es para laborar dentro de ellas en beneficio de sus ideas políticas. Por esta razón los republicanos del señor Castelar se sometieron dócilmente á la jefatura del señor Sagasta; los republicanos de don Melquiades Alvarez no aceptan más jefe que á éste, ni están dispuestos á ingresar en el campo monárquico á ponerse á las órdenes del conde de Romanones ó del señor García Prieto.

Estos dos señores que tanto han trabajado para recoger la herencia del señor Canalejas no se avendrán fácilmente á cedersela á un recten venido á la monarquía. A que componenda se llegará para que no se vuelvan atrás en sus propósitos los republicanos que han tomado el camino de la monarquía es difícil de precisar. Este negocio nos proporcionará algunas sorpresas y ocupará la actividad del conde de Romanones tal vez más que el asunto de la neutralidad de España ante la guerra europea. Claro es que el país ve todo esto como una película cinematográfica de escaso interés y si no fuera porque el espectáculo le cuesta bastante caro, es posible que ni siquiera le dirigiese la mirada.

Con esto y las elecciones de diputados provinciales que serán poco más ó menos como las de diputados á Cortes, ya tienen que hacer por ahora los directores de la política menuda. Los caciques generales y los provinciales van á entrar en movimiento: que haya paz en el reparto de los beneficios, es lo que debemos desear para que no se perturbe á los pueblos lo menos posible.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Cotidianas

Ha llegado el gran día: domingo de Carnaval. El misterioso embozado salió de la estancia, después de cometido el horroroso, monstruoso crimen. Debajo de la capa, cuidadosamente oculto, llevaba algo misterioso también, tan misterioso como él mismo. Su semblante estaba desencajado, livido; los ojos parecían querer salirse de sus órbitas.

Al salir de la estancia pegó fuego á la casa y las llamas iluminaron siniestramente el espacio, quedando en pocos momentos convertido todo en humeantes ruinas. El misterioso caballero estrechaba contra sí lo que llevaba oculto bajo la capa. De pronto, en la oscuridad de la noche, se oyó un agudo, penetrante, misterioso silbido, y una sombra surgió de pronto ante el misterioso y embozado personaje.

—Aquí estoy, señor,—dijo.
Y efectivamente, allí estaba. Allí estaba con un puñal en la mano. De debajo de la capa del misterioso personaje, pareció salir un leve gemido.

—Acaba, pues. Mátala—dijo éste, entregando á la sombra lo que llevaba oculto. Era un ser animado.

Pocos momentos después era un ser inanimado, porque el mendigo, bandolero, asesino ó lo que la sombra fuese, le había cortado la cabeza, devolviéndolo luego al embozado, quien volvió á ocultarlo bajo la capa.

Y cuando la luz de los faroles, marchando furtivamente por entre las sombras de la noche, cada uno de los misteriosos personajes marchó en dirección distinta.

Apenas el embozado hubo dado algunos pasos, hendió los aires un nuevo y siniestro silbido y otra sombra apareció ante aquél.

—¿Quiéme—dijo el embozado.
Y el nuevo y desconocido personaje le llevó á un cuchitril, sucio, obscuro, mal oliente. En aquelantro, nuestro protagonista se desembozó y sacó de nuevo lo que llevaba oculto bajo la capa. Sus cabellos se erizaron de horror. No era el cadáver de su criatura, sino el inocente cadáver del infeliz perro de su vecino, que había cogido por equivocación.

—¿Pero qué es esto?—dijéis vosotros.
No os asustéis, archirrequetesimpatiquismas lectoras y lectores amables. Es que es domingo de Carnaval y ello me da derecho á disfrazarme con el traje de cierta famosa italiana, mamá de una literatura malsana, aunque también folletinesca.

Verdad que si me conocéis es sólo por la voz? Verdad que estoy admirablemente disfrazado y que casi hago honor á mi firma?

CAROLINA INVERNIZIO
DI CAMAMA

ESPAÑOLES DE ANTAÑO

Dos cardenales del "Quatrecento"

Aprovechemos unos días de forzada reclusión para apartar un poco la mente de la tragedia que está destrozando á Europa. La obligada quietud de una leve enfermedad nos invita á la lectura de alguna obra serena, y nada mejor para el caso que la historia de una época lejana. Hace muchos meses nos tiente una obra monumental, de la que se nos han hecho grandes elogios; pero no nos dejaban caer en la tentación ni las obligaciones de nuestra vida ordinaria ni la obsesión del gravísimo momento presente. Esta clase de libros no deben leerse sin sosiego y á pequeños sorbos, sino en largas sentadas, reposadamente.

Abramos el primero de los preciados volúmenes: Historia de los Papas, desde fines de la Edad Media, por Ludovico Pastor. Traducción del alemán por el P. Ruiz Amado, S. J. Digamos ya, desde luego, que este traductor ha llevado á cabo una labor excelente. En su versión á la lengua castellana el estilo del autor ha alcanzado un grado de serenidad, de robustez y de exactitud que muchas veces nos recuerda el noble decir de Quadrado. Sin duda Pastor tiene, como el eminente polígrafo balear, aquella madurez y nobleza de juicio, aquella clara visión, imparcialidad y profundo conocimiento de las cosas que distinguen al verdadero historiador del simple aficionado, ó del político que escribe la historia *ad usum Delphinis*. Muchos de los que no conozcan á Ludovico Pastor, al leer el título de su obra y verla traducida por un jesuita, sonreirán, probablemente, y pasarán de largo. Una historia así, que empieza precisamente á fines de la Edad Media, es decir, en los mismos albores del Renacimiento y traducida por un jesuita, ¿qué nos dirá de aquellos Papas y de la Roma de aquellos tiempos? ¿Qué nos dirá de aquel nepotismo sin freno, de aquellos Borja, de aquellos Colonna, de aquellos Orsini, de aquellos Medici, de aquellos vicios, de aquellas ambiciones, de aquellos cismas?

Y, sencillamente, nos dice la verdad; mas no solamente la verdad, sino la verdad verdadera sin ocultar cosa alguna y poniendo á contribución el *Archivo secreto pontificio* que el gran Pontífice León XIII abrió magnánimamente, por primera vez, á la investigación de los sabios. Al hablar de este archivo dice Pastor, que en su estudio «reconoció muy pronto el valor que tiene, aun para la época presente, aquella frase de Pertz: *Las llaves de Pedro son, todavía hoy, las llaves de la Edad Media*». Enumera luego el autor las otras fuentes de información de que se ha servido y nos espanta la labor que esta información supone. Son todos los archivos pontificales y de la curia y de la aristocracia romana. «Algunos de éstos, como por ejemplo, el de los Odescalchi y de los Orsini, le ofrecieron pocas noticias; al paso que otros, como el archivo de los Colonna, Gaetani y Ricci, me rindieron un botín inespablemente copioso». Luego «los de las grandes y pequeñas potencias italianas que estuvieron en continua relación con el Papado y tuvieron embajadores en Roma, mucho antes y más frecuentemente de lo que ordinariamente se supone». Habla de la grandiosa correspondencia diplomática de los Sforza «cuyas lagunas procuró llenar en la biblioteca Ambrosiana y luego en la Biblioteca Nacional de París». Pero también en Florencia, Siena, Bolonia, Venecia y Mantua encontró «una abundancia no sospechada de documentos referentes á su asunto y en gran parte todavía desconocidos». «Menos me ofreció Lucca; al paso que en Módena y en Nápoles obtuve preciosos materiales». Habla después de las numerosas bibliotecas y de los archivos municipales más importantes de Italia, de las colecciones de manuscritos de Francia, Alemania, Austria y Suiza y dice cómo en varios lugares, como por ejemplo en Aix de Provenza y en Tréveris, tuvo «el gozo de hacer sorprendentes y preciosos hallazgos».

De lo dicho se desprende no sólo la impropria labor llevada á cabo por el ilustre Pastor, sino el interés grandísimo de su obra, que viene á arrojar haces de nueva luz sobre esa época tan rica en grandes acontecimientos, sobre ese período de la historia de Europa, agitado como ningún otro, y cuyo centro fué Italia y dentro de Italia, Roma. El estudio de la época del Renacimiento es tan interesante desde todos los puntos de vista y especialmente desde el político, el literario y artístico, y terció en ello de tal manera el Papado, que la historia de éste constituye, en definitiva, la historia del mundo.

El primer Papa que aparece en la serie historizada por Pastor, es Martín V (1417-1431); pero el libro empieza por una magistral introducción acerca del Renacimiento, síntesis acabada y serena de aquella gran época, y á esto sigue un «Resumen de la historia de los Papas desde el principio del destierro de Aviñón hasta la terminación del gran cisma de Occidente». De cómo serán estos dos magníficos estudios, que por vía de antecedentes coloca Pastor al principio de su

obra, basta decir que llenan cerca de 240 páginas en 4.º sin que haya palabra que huelgue, en una prosa tersa, elocuente y serena, y donde las notas muestran una riqueza de erudición realmente admirable.

Apenas volvemos las primeras hojas, nuestros ojos tropiezan en nombres, en grandes nombres españoles. No ya en el de aquel Alfonso V de Aragón, cuya era la mayor potencia mediterránea de aquel tiempo y que tanto influyó en la historia de Italia y en las siempre vivas disensiones de Italia,—continuadas por su hijo bastardo Fernando de Nápoles,—aquel rey que poseía, con las coronas de Aragón y Cataluña, Valencia y Mallorca, las de Cerdeña, Sicilia y Nápoles. No sólo tropezamos con el nombre de aquel Alfonso de Borja que fué luego el esforzado y grande Calixto III «cuya fuerza de voluntad no puede comprenderse enteramente sino acordándose de que era español...»—El ánimo se suspende un instante ante el juicio del eminente historiador alemán y no puede menos de comparar estos tiempos con aquellos tiempos; estos hombres con aquellos hombres; esta España con aquella España...—No se trata ya de estos nombres ni siquiera del de aquel antipapa Luna, que, enricado en el castillo de Peñíscola, sostuvo tanto tiempo sus pretendidos derechos pontificios, sino de otros nombres menos conocidos y quizá más de veras ilustres: el sapientísimo y santo cardenal Juan de Torquemada y de aquel otro Juan de Carvajal de quien el historiador alemán textualmente dice que «pasaba por el más egregio de todos los cardenales».

Con tal relieve presenta Pastor estas dos figuras, que los ojos y el corazón se van tras ellas y las siguen en el curso de varios pontificados por entre las mil vicisitudes de aquella época azarosísima y el alma se eleva y el corazón se ensancha con orgullo al notar como entre tantas cobardías, vilezas, simonías, falsedades, intrigas, vicios y abyecciones, los dos cardenales españoles permanecen siempre fieles, integérrimos, inflexibles, siempre intachables en su conducta y en su adhesión á la Santa Sede, fuera cual fuere el pontífice que la ocupaba, como dos vivos ejemplos de cuan elevado fué un tiempo el carácter y el temple de nuestra raza. Y no es que fueran precisamente dos contemplativos ó dos estudiosos apartados de la actividad de los negocios, sino que, especialmente el «incorruptible é infatigable» Carvajal—añ, entre comillas, le califica el autor—fué el brazo derecho de algunos pontífices, el sostén de todos y vivió entregado á las más arduas negociaciones diplomáticas, no sólo en Italia, sino en toda Europa, especialmente en Alemania y Hungría.

Carecemos de momento de otras fuentes para trazar la biografía completa de estos ilustres españoles de á mediados del siglo XV; pero á través de la *Historia de los Papas* de Ludovico Pastor—de cuya admiración parecen haberse apoderado también—intentaremos trazar su semblanza, para demostrar que la raza daba en aquellos tiempos algo más de sí que hidalgos lamélicos, curas ignorantes, inquisidores crueles, aventureros codiciosos, soldados fanfarrones y gobernantes sin seso. ¡Ojalá tuviéramos ahora un diplomático como Carvajal á quien confiaban los Papas y los famosos cardenales florentinos y venecianos, en la patria misma de Maquiavelo, los más espinosos asuntos en las cortes extranjerías, en todas las cuales dejó luminosa estela de su saber, de su prudencia, de su talento y su energía!

ANGEL RUIZ Y PABLO

LOS HORRORES DE MEJICO

¿Muertos ó vivos?

«La opinión pública no tiene por qué alarmarse—ha dicho el señor Dato, hablando de lo que está pasando en Méjico;—España no intervendrá.» España no hará nada, ya lo sabemos. Pero las palabras suaves y tranquilizadoras del presidente del Consejo, cuya neutralidad se está traduciendo de este modo: «Nosotros no tenemos que inquietarnos, pues aunque suframos en Méjico una nueva humillación y se fusile y se degüelle á nuestros compatriotas en aquel país de bárbaros, nos estaremos tan tranquilos y tan callados». De suerte que la vida de cincuenta mil ó cien mil españoles nos importa un comino; lo único que podría preocupar á la opinión pública es que tuviéramos que intervenir. Este concepto tiene el señor Dato del punto de vista y de los sentimientos de la nación.

Esto ya es más grave que el convencimiento de la impotencia; esto tiene todas las apariencias de una inmoralidad y al mismo tiempo es una negación de la existencia nacional. No parece si no que en España se haya dado el grito de salvase quien pueda, legitimando el egoísmo de cada uno y negando que á la patria se la deban sacrificios, precisamente cuando el suelo de Europa se riega con la sangre generosa de los patriotas. No importa que los españoles mueran asesinados en Méjico